

# ¿Vínculos o ataduras?

Asunción López Carretero

Comparto con otras mujeres, sobre todo de Duoda,<sup>1</sup> con quienes vivo el pensamiento y la práctica política de ser mujeres en el mundo, que la violencia no sólo es física y psicológica, no sólo pertenece a la mujer y al hombre concreto que es el agresor. No, es también una violencia simbólica, porque está más allá de nosotras y actúa como patrón, como actitud posible y pensable dentro de una relación entre sexos: el hombre puede pegar a la mujer, la puede humillar y menospreciar.<sup>2</sup>

Esta violencia simbólica forma parte de la experiencia de nuestras vidas y quiero abordarla aquí para acercarme al peligro de la apertura femenina cuando aparece la desmesura en la relación. El maltrato físico es la punta del iceberg que de forma brutal nos hace evidente este desorden de las relaciones. Creo que es esta violencia simbólica que padecemos la que nos hace sentir que algo está sucediendo en cada una de nosotras cada vez que una mujer es maltratada.

## 1. ¿Desde dónde nombrar la violencia?

Hablar de violencia es hablar de algo que tiene que ver conmigo. Me gustaría hablar de cómo la violencia aparece en mí y en nuestras vidas. Cuando una mujer se une a un hombre es porque desea emprender un proyecto relacional y a veces la entrega puede ser peligrosa cuando las ataduras ocupan lo que inicialmente era un compromiso y pretenden sustituir a la práctica política de la relación; la relación, cuando no encuentra cauce porque se ha instrumentalizado, hace que el vínculo se desbarate creando un desorden y una confusión que traspasa los límites del sentido y entra en la desmesura.

Un peligro de esta desmesura, de este desorden, es el de que las mujeres intentemos suplir el menos de apertura del hombre al amor con una entrega de más nuestra por fidelidad a los vínculos.

Con el ejercicio del poder, una experiencia más masculina que femenina, se justifica el amor posesivo como forma de relación. El amor posesivo

—contrario a la relación— es un amor desconectado de la escucha de lo otro diferente de ti y de los propios sentimientos.

¿Por qué a algunas mujeres como a mí nos resulta difícil convivir con las relaciones de poder sin entrar en confrontación o renunciar a nuestros deseos? ¿por qué a veces me muevo con unos grandes sentimientos inconfesables de omnipotencia, para caer en otros momentos en una tremenda indefensión? Y creo que esto tiene que ver con la interiorización de la violencia en mí, en nuestras vidas. ¿Qué significado tiene que un tremendo sentimiento de insuficiencia pueda correr de la mano de una gran hiperactividad? ¿Qué ocurre con las reacciones de mi cuerpo que, aunque se niega a sufrir, al final acaba plegándose dolorido ante mi enorme energía mal canalizada? Y sufre entonces, porque la violencia siempre aparece en el cuerpo... ¿Por qué esa dificultad de conectar con mis emociones y como consecuencia la dificultad de encontrar el lugar desde el que hablar de mi experiencia para que se genere saber. Todos estos sentimientos creo tienen que ver con mi experiencia de apertura a la relación y con el lugar desde dónde vivimos cada una ese peligro de desmesura. Esa desmesura que aparece cuando el poder y el apego sustituyen a la relación.

El reconocimiento de autoridad a la madre —cancelada en la cultura patriarcal— es un camino que nos hace menos vulnerables al ejercicio del poder en las relaciones. Y quiero sostener que el saber amar a la madre es una fuente de simbólico que ilumina cómo se tejen las relaciones de los sexos, es decir cómo vivo mi ser mujer en libertad (o en su caso el ser hombre) y las relaciones entre los sexos.

## 2. Desatando nudos: tejiendo y destejiendo el origen

Voy a tratar de poner palabras a mis sentimientos y de expresar el dolor que ha habido en ese desplazamiento de la mediación del poder

—en muchos casos disfrazada de amor— y también del bienestar que me han comportado estos saltos de sentido que se han producido en mis relaciones en ese constante proceso de acercarme y reacerarme al saber amar a la madre.

La apertura a lo otro diferente de mí, que señala el cuerpo femenino con su capacidad de ser dos, puede ser también una fuente de desorden si perdemos el sentido de la relación. La he vivido cuando me he sentido a la defensiva con mis sentimientos o cuando estoy más atenta a las demandas del entorno que a mí misma.

¿Por qué esta polaridad entre una dependencia vivida como confusión y una independencia sentida como desconexión?

¿Por qué los conflictos entre lo sentido en mi interior y los tirones del exterior?

Creo que porque las relaciones de contraposición dialéctica son las que han predominado en mi experiencia de relación

Esta concepción complementaria es muy peligrosa porque puede colocar en el centro el dominio, como una forma de poseer lo que se teme perder. Creo que ésta es una experiencia más masculina. Para algunos hombres la necesidad de amor, de atención, de cuidado, es vivida sin mediación sin reconocimiento de la diferencia, lo que no permite que esta necesidad se convierta en deseos a compartir, en intercambio real y fructífero.

«Es cierto que la criatura humana se caracteriza por su estar en déficit, por su estar siempre en estado de carencia, de búsqueda y que esto crea con frecuencia confusión. Pero se trata de carencia y de anhelo de ser, de anhelo humano de seguir siendo y de trascender, no de encontrar medias naranjas.»<sup>3</sup> No se puede poseer la trascendencia del otro ni trascender a partir de él.

Antes de avanzar más quiero recordar que, en mi experiencia, por el temor a una apertura sin medida, confundida en mis anhelos, he preferido, algunas veces, permanecer en una actitud defensiva, eligiendo relaciones con hombres en las que predominaba la automoderación de mi deseo que quedaba proyectado en lo profesional, llevando así dos vidas en paralelo y desplazando mi disponibilidad a los proyectos sociales que en un momento de tremenda injusticia me parecían una salida a mis inquietudes. Buscaba ser muy independiente pero había eliminado el amor de mis relaciones con el mundo. La violencia conmigo misma y el temor a caer en relaciones de sumisión me lleva a esta actitud defensiva que es el precio que pago en algunos momentos de mi vida, me

desconecto de mis sentimientos y me cuesta ser origen y por tanto generar autoridad. Uno de los peligros de esa apertura sin medida es la de tratar de responder a las demandas que nos llegan y en una incapacidad de decir no. Conformarte según el mundo exterior no permite que las necesidades se transformen en deseos.

Para empezar a desprenderme del nombre del padre, los primeros encuentros con mujeres en el feminismo jugaron un papel importantísimo en mi vida. El feminismo me dio fuerza y energía, pude establecer relaciones entrañables. Sin embargo, el desplazamiento del simbólico del poder ha seguido, en mi caso, un lento proceso. Seguía con una vida de mujer emancipada con una autonomía que me impedía encontrar un sentido a mi experiencia separada de mis sentimientos y de mis deseos más íntimos. Iba de una idealización a otra sin pasar por lo real, sin dar un salto de sentido.

### 3. La experiencia de la maternidad

Todavía tenía que suceder otro episodio en lo contingente de mi vida que me llevó a tocar fondo. Escuchar mi deseo me llevó a una revolución interna importante que me decidió a ser madre. Fui madre un poco tardía para mi generación porque para dar cuerpo a mi deseo tuve que romper muchas cadenas que nos habíamos puesto las mujeres emancipadas. Nos parecía que esa capacidad de ser dos era algo obligatorio y predeterminado, un destino. Hablo de una revolución interna porque aparecieron sentimientos muy diferentes. Por un lado me sentí mucho más próxima a mi madre, a mi origen. Ser madre, que en principio fue para algunas algo que hacíamos en contra de nuestras propias madres, creo que en mi caso movió mis sentimientos de tal forma que me hizo conectar con estratos profundos de mi persona. Fue algo más que un cambio emocional, fue una revolución simbólica de esas que te cambian la vida. Empecé a acercarme al valor de la madre, salir de las idealizaciones fuente de la queja: demasiado querida... o demasiado poco... para dejar que empezara a surgir en mí un sentimiento grande de gratitud. Una gratitud que se fue extendiendo como el aceite y que me permitió ver dimensiones nuevas en las mujeres de mi alrededor, aquellas que habían permanecido muchas veces para mí en la sombra.

También viví el peligro de la apertura sin medida. De la rivalidad y la envidia masculinas. De la necesidad del hombre de ocupar todo el espacio.

Creo que el nacimiento de una hija abre heridas no resueltas. Hombre y mujer vivimos en el orden del padre el exilio de la madre, pero ese exilio que creo que en el caso de los hombres es un auto-exilio, tiene consecuencias diferentes para cada sexo y ello da lugar a respuestas contrapuestas que marcan como único camino la ruptura, pues no hay mediación posible. Por entonces había desplazado bastante en mi interior el patriarcado, pero el hecho de compartir con este hombre el nacimiento de una criatura me hacía defender la relación. La única salida fue la ruptura y para mí el desasosiego y la depresión. De nuevo viví el vínculo como atadura sin posibilidad de relación verdadera.

El patriarcado ha basado en la ruptura y la rivalidad los complicados procesos de búsqueda del sentido de sí que se producen en la infancia, se reconstruyen en la adolescencia y que dan lugar a un proceso siempre abierto. Ruptura y rivalidad que entraña posiciones de dominio y sumisión y también justifica una dualidad y polaridad en los sentimientos odio/amor, del padre o de la madre.

Pero la gran pérdida que trae como consecuencia este forcejeo es la pérdida de autoridad y la cancelación del orden simbólico de la madre, que ella representa al darnos la vida y la palabra, es decir, al hacernos humanos. Este origen es borrado y creo que la herida que se produce en hombres y mujeres es también distinta. Por lo que yo he vivido, creo que a algunos hombres se les impulsa a una fuga hacia delante, a una desconexión y a un descontrol en algunos casos de los sentimientos de frustración y a una dependencia no reconocida que engendra violencia. Esta separación con la madre abre una herida simbólica con la realidad, con el sentido del mundo y con su lugar en él, sentido que es mirado en clave autorreferente y narcisista.

Para mí, como para otras mujeres esa herida abierta que implica la separación forzada del origen produce una carencia en el ser, una gran tristeza a la vez que esa omnipotencia y desconexión de los propios sentimientos y el riesgo de sostener un vínculo sin relación verdadera con lo otro, para tapar esa carencia. Esa herida abierta no encontraba consuelo en la mujer emancipada en la que trataba de convertirme. Me mantenía en un permanente desequilibrio entre mi interioridad y mi exterioridad y creo que eso me abre un sentido y me ayuda a entender mis sentimientos de insuficiencia, la hiperactividad, la violencia conmigo misma que me llevaba y aún me lleva a no escuchar a mi cuerpo.

#### **4. La práctica política de la relación: Las relaciones de autoridad**

¿Cómo recuperar mi sentido de ser mujer para poderme desplazar de esos sentimientos tan contradictorios y dar el lugar que mi deseo pide al amor?

En las relaciones de disparidad y también en las relaciones con lo otro distinto de mí... en algo he tenido y tengo que pensar, día a día, si quiero que esa relación fructifique, tengo que aprender una forma de acercamiento y separación que no lleve ni a la fusión ni a la desconexión, ni a los vínculos que son una atadura y sí a una apertura con fidelidad a mi ser mujer.

Por eso reconocer autoridad a la madre es un cambio de civilización, para mí y para muchas mujeres, porque restituye el sentido de sí y por tanto introduce una medida en la relación de apertura con lo otro. Así poco a poco la confusión se retira y la confianza se recobra.

Este aprendizaje para mí como para otras ha sido fruto de mi práctica política, como dice Luisa Muraro «La mediación necesaria es para mí y para toda mujer un principio de mediación en primer lugar femenina» ... Lo que está en juego es un proceso de reconocimiento de la madre concreta de cada una, que en mi experiencia ha sido complejo y multiforme, y ha supuesto un acercamiento a ella en primer lugar como madre pero, paulatinamente, el reconocimiento se ha ido desplazando hacia la mujer que es y ha sido, de la que puedo aprender y también disentir porque el reconocimiento no es idealización. La idealización impide hacer el vacío y reconocer lo que es con sus límites, los límites no son vividos ya como decepciones, sino como aquello que forma parte de la vida.

El reconocimiento de autoridad creo que pasa por ese saber amar a la madre real, no a la imaginaria, y es lo que abre a un orden simbólico que permite aprender de los conflictos y encontrar otras palabras para nombrar el amor y practicar la alteridad.

Creo que en los hombres algo de esa falta de reconocimiento de autoridad de la madre les lleva a creer en su omnipotencia y a vivir la vulnerabilidad como pulsión agresiva y destructiva.

Este reconocimiento a la madre implica en cambio un equilibrio entre la afirmación de la propia realidad y la del otro o la otra y como consecuencia también entre fantasía y realidad. Y es por este camino por donde he ido reconstruyendo una relación fructífera entre dependencia e independencia sin vivirlas de forma polarizada.

Y desde este lugar cobran un nuevo sentido las palabras de Luisa Muraro<sup>4</sup> cuando habla de que «existe un cuerpo a cuerpo<sup>5</sup> femenino con lo real que se manifiesta notoriamente en la tendencia a fantasear con el amor y, menos notoriamente, como en mi caso, en una sorda resistencia a hacer lo que hay que hay que hacer.» Pone como ejemplo a Simone Weil de esa «resistencia a lo que hay que hacer». Y cuenta una anécdota —que quizás ha sido vivido también por mí— sobre el hecho de arreglar la habitación —tarea que ella misma se imponía—; es decir, un *rebeldismo*, en ella como en mí; contra el orden de la necesidad. Se trata, por tanto, de dejar ese cuerpo a cuerpo con lo real, que en mi caso me llevó a defenderme o a renunciar a las relaciones. «Ese *rebeldismo* contra el orden de la necesidad, consume energías incalculables». Pero ese *rebeldismo* no me inmunizó para no caer en el peligro de la apertura sin medida. Y tampoco me hizo más libre.

¿Pero qué ocurre con la violencia masculina? El hombre auto-exiliado del orden simbólico de la madre está centrado en sí mismo y no está dispuesto a una verdadera relación de alteridad. La mujer con medida y fiel a sí misma le retorna una imagen en la que se ve refugiado y amurallado en su *ego* y esta contradicción profunda en el ser le genera violencia. La escucha atenta al vivir de otro y al anhelo de seguir siendo significa poner en el centro el sentido de sí y no enmarañarse en el desorden de la envidia o la rivalidad. Y por eso en este desplazamiento he podido comprender que, para las mujeres, la salida a estas situaciones de violencia, en muchas ocasiones viene de la mano de la libertad que significa la relación política con otra mujer. Esa relación de autoridad te permite desplazar el miedo que paraliza, el miedo que se expresa en el cuerpo porque se ha producido una separación entre el cuerpo y la palabra. Las palabras que nombran la relación entre los sexos han perdido sentido y las relaciones con el cuerpo y la sexualidad se viven o las vivimos con extrañeza en las situaciones de violencia. Quedan los vínculos que así vividos son ataduras. Recuperar el sentido de sí, desapegarse del yo que impide el ser y volver a partir de sí, creo que implica un cambio a la vez que emocional de colocación simbólica.

En la película *Te doy mis ojos* se trata con un gran respeto la complejidad de las situaciones que vivimos las mujeres en las situaciones de violencia. Desplazar la pulsión destructiva de ese hombre que demanda una atención exclusiva más allá de toda medida, para el que amar es controlar y poseer a lo otro, un hombre dominado por la ira. Salir de ese

forcejeo es para mí un desplazamiento simbólico, en el que las mujeres que rodean a la protagonista, empezando por su hermana y continuando con las amigas, le abren a la libertad haciendo posible que recupere el partir de sí y el deseo de ser en el mundo.

Los testimonios de *Trátame bien*,<sup>6</sup> recogidos por Esmeralda Berbel, también hablan de ese salto de sentido que supone la superación de una situación de violencia. Algunas de ellas han dicho basta también a los sentimientos de rencor y han recuperado internamente la libertad lo cual ha hecho posible el que inicien nuevas relaciones satisfactorias. Perdonar internamente te da libertad, mientras luchas dentro de las condiciones impuestas que desplazan la relación y mantienen las ataduras te quedas enganchada.

Vivir la libertad relacional que vamos abriendo es volver a encontrar el deseo que dialoga con la realidad para evitar la desmesura reconociendo la vulnerabilidad y la necesidad de la relación sin entrar en confusión.

## 5. La Política de los Vínculos

He nombrado así este camino en el que el bienestar y la felicidad en las relaciones son los sentidos que tiene en cuenta el vínculo como fidelidad a la alteridad y no como atadura que es como se suelen mostrar, un camino que voy descubriendo en la política de las mujeres. Una política que está orientada por el amor.

El amor es una necesidad que tiene que darse junto al reconocimiento de lo otro; creo que esto me abre de nuevo el sentido del amor desde el orden simbólico de la madre, un amor que no trata de dominar ni de poseer, sino de acoger sin reducir a lo otro. La mediación del amor es más una experiencia femenina, una mediación que trata de desplazar la confusión en la relación y darle un orden, una medida.

Los hombres han perdido el horizonte simbólico del patriarcado y hay muchos que de forma velada o manifiesta quieren mantenerse en él. Sin embargo hay hombres que reconocen el más de relación de las mujeres. La violencia masculina se explica en clave de envidia de ese más queriendo destruirlo aunque algunos hombres están descubriendo, aprendiendo y tomando conciencia de que la pérdida de la diferencia femenina es un peligro incluso para ellos. Algunos reconocen su origen femenino y la autoridad primera a la madre, y han comprendido que sin el significantes de la diferencia están

perdidos. La violencia tiende a homogeneizar, a dominar, a anular a lo otro. Existe una envidia constructiva que conserva la alteridad, pero ocurre que si está ausente el amor crece la envidia que es tapada por modos que se dicen de amor que se apoyan en la herida narcisista —o en el apego al yo— y en los que el amor y el odio se confunden. Son estos los que llevan a la violencia destructiva, y que, en mayor medida, forman parte del mundo masculino. Sin embargo existe, también yo lo veo, un deseo masculino de diferencia y de autoridad femenina, quizás hay que volver a plantear en grande la mediación femenina para crear puentes con ese deseo masculino que puede conectar con el amor. Con la expresión «política de los vínculos» quiero nombrar también esos puentes que sustentan los vínculos de compromiso, no de atadura, ni de sumisión, ni de violencia, y sí de fidelidad a la alteridad; vínculos que las mujeres proponemos desde una apertura a la relación.<sup>7</sup>



**Asunción López Carretero**  
Riu d'Or, 32  
08034 Barcelona  
asuncion.lopez@ub.edu

## Notas

1. Texto basado en la conferencia pronunciada en el Seminario de Primavera organizado por Duoda (Centre de Recerca de Dones de la Universitat de Barcelona), en mayo de 2005. La conferencia en que se basa este artículo fue publicada en la revista de esta entidad.

2. Idea que aparece en la presentación de Remei Arnaus al libro de Esmeralda Berbel *Trátame bien. El maltrato físico y psicológico a examen*. Barcelona: Editorial Alba, 2004.

3. BERBEL, E. (2004). *Trátame bien. El maltrato físico y psicológico a examen*. Barcelona: Alba. (Página 43)

4. MURARO, L. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Horas y horas. (Página 108)

5. Toma este término de IRIAGARAY, L. (1985). *El cuerpo a cuerpo con la madre*. Barcelona: Cuadernos inacabados 5 La Sal Ediciones de les dones.

6. Op. Cit. *Trátame bien*.

7. Término creado por Milagros Rivera.